RAMSÉS

El cénit del Imperio Nuevo

Egipto conoció un último período de brillante esplendor bajo las dinastías XIX y XX, entre los años 1320 y 1085 a.C. El momento culminante del periodo estuvo protagonizado por Ramsés II, que mantuvo el prestigio militar, territorial, diplomático y comercial del país, logró una prolongada paz y llenó su geografía de fastuosos monumentos. Nuestro dossier recrea el momento áureo del Egipto ramésida, evoca sus fiestas, reconstruye la vida cotidiana de la "tierra amada" y detecta los problemas que condujeron al Imperio faraónico egipcio a un prolongado y definitivo declive

Días de gloria
Federico Lara Peinado

Esplendor y decadencia
Francisco J. Martín Valentín

Fiestas tebanas
Jesús Trello

Días de gloria

Con el Imperio Nuevo, Egipto alcanzó la cumbre de su riqueza económica, militar y artística; con Ramsés II, el apogeo del poder, el boato y la gloria faraónicas

Federico Lara Peinado
Profesor Titular de Historia Antigua
Universidad Complutense de Madrid

LOS HICE CAER AL AGUA COMO caen los cocodrilos cuando se precipitan al agua uno sobre otro. Hice estragos en ellos a placer. Ninguno miraba atrás ni se daba la vuelta. El que caía ya no se levantaba... Hice que conocieran el sabor de mi mano. Los destrocé matándoles donde estaban... Los acuchillé sin reposo". Así recordaba Ramsés II, *Glorioso Sol de Egipto*, su intervención en la batalla de Qadesh o, al menos, así le gustaba que se contase aquel memorable hecho militar, acontecimiento crucial de su larguísimo reinado, de la historia egipcia en el siglo XIII a.C. y base de la época ramésida.

Los ramésidas

De todos es conocido que la Historia del Antiguo Egipto ya fue estructurada en dinastías, que serían sistematizadas a mitad del siglo III a.C. por Manetón de Sebennitos, un sacerdote egipcio que tuvo acceso a los archivos antiguos, singularmente al atesorado en Heliópolis. Tales dinastías han servido de hilo conductor a los egiptólogos de todos los tiempos para poder secuenciar y recoger los principales hechos históricos que, transmitidos por una más que abundante documentación, han posibilitado conocer muchos de los avatares políticos, tradiciones religiosas y costumbres egipcias.

Sin lugar a dudas, tres de aquellas dinastías –las XVIII, XIX y XX– constituyen la gran *almendra* de la Historia del país del Nilo, por cuanto fueron las que lo llevaron al cénit de su fama y las que, también, motivaron su inexorable decadencia. Las tres dinastías conforman lo que ha dado en llamarse, aunque impropiamente, Imperio Nuevo egipcio, que se desarrolló entre los años 1552 y 1080 a.C. Fueron, pues, casi cuatrocientos años de esplendor interno y de poderío exterior mantenidos gracias al férreo control de 32 faraones que, cada uno con su específica personalidad, siempre tuvieron presente la máxima de superar cuanto había hecho su inmediato predecesor.

Tras la dinastía XVIII, que ofreció faraones tan extraordinarios por uno u otro motivo como la reina Hatshepsut, Thutmosis III, Amenofis III, Amenofis IV (Akenaton, el esposo de la incomparable Nefertiti) o Tuthankhamón, accedió al trono Ramsés I (1305-1303 a.C.), un militar de gran prestigio personal, propuesto como faraón por su amigo Horemheb, ya que éste no había podido tener descendencia legal ni de su esposa, que había tenido trece embarazos fallidos, ni de la sacerdotisa Imenia, con quien había mantenido relaciones durante su generalato. Con Ramsés I comenzaba la nueva dinastía, la XIX, con la que Egipto alcanzaría su apogeo.

Ramsés II, en pie, ofrece prisioneros de guerra nubios a Amon-Ra y a su esposa, Mut, reina del cielo; en el centro figura el propio faraón deificado (por Ippolito Rosellini, a partir de los relieves del pronaos de Abu Simbel).

Qadesh, la gloria de Ramsés

Probablemente a comienzos de la primavera de 1293, Ramsés II partió con sus tropas hacia Siria. Serían entre 20.000 y 25.000 hombres, cuya impedimenta era transportada por la flota. En mayo, los egipcios alcanzaron el territorio disputado. Cuando se hallaban cerca de Qadesh, falsos informes hicieron suponer a Ramsés que Muwattallis, el rey hitita, se hallaba con su ejército más al norte, cerca de la actual Alepo, por lo que ordenó asediar y tomar la estratégica ciudad de Qadesh, a orillas del río Orontes. Para ello tomó el mando de la división Amón y, seguido por la Ra, avanzó para instalar su campamento al noroeste de Qadesh; al mismo tiempo salieron hacia el punto elegido tropas de infantería mercenaria y egipcia en periodo de instrucción para colaborar en los trabajos campamentales. Las otras dos divisiones, Ptah y Seth, les seguirían a distancia.

La dispersión de sus tropas fue un grave error de Ramsés. Muwattallis se hallaba muy cerca, justo detrás de Qadesh, y perfectamente al corriente de los movimientos egipcios, cuyos carros levantaban grandes columnas de polvo en la llanura, bien visibles para los observadores subidos a las torres defensivas de la ciudad. El ejército hitita era similar al de Ramsés, es decir, unos 20.000 hombres –9.000 infantes y 3.500 carros, con unos 10.500 hombres– pero disponía de la extraordinaria ventaja de tenerlo unido. Permitió Muwattallis que Ramsés rebasara Qadesh con la división Amón y comenzase a instalar su campamento; pero salió al paso de la división Ra, que fue pronto dispersada y su infantería, aniquilada, salvándose algunos centenares de carros gracias a su rapidez.

Después, Muwatali siguió los pasos de Ramsés, cuya división ni se había apercibido del desastre de Ra, y cayó sobre los egipcios, que enseguida se dispersaron. Ante la escasa resistencia, los hititas se lanzaron al saqueo del rico campamento; eso permitió la reacción de Ramsés que, arropado por su guardia, reunió su división Amón, más los restos de Ra que convergían hacia el campamento y la columna de reclutas, auxiliares y mercenarios que habían avanzado más lentamente. Entonces se trabó feroz combate que, al cabo de un tiempo, rompió Muwattallis ordenando la retirada hacia Qadesh. El rey hitita sabía que se estaban acercando las divisiones egipcias Ptah y Seth y no quiso arriesgarse a quedar cercado.

Qadesh no fue una gran batalla por el número de tropas enfrentadas, ni por la mortandad que se ocasionaron, ni por el aplastamiento de uno de los dos bandos, pero sí por sus consecuencias. Los egipcios se proclamaron vencedores porque quedaron dueños del campo, pese a que tuvieron más bajas; los hititas, también, porque padecieron pocos daños y destruyeron el campamento egipcio; pero allí hubo un indudable vencedor: Ramsés, que hizo cantar su victoria en numerosos monumentos de los millares que se erigieron durante sus 64 años –algunas fuentes los prolongan hasta 67– de reinado y lo hizo con toda razón.

Fue un gran éxito personal, pues su decisión y valor impidieron la total destrucción de su ejército. Pero fue, sobre todo, un enorme éxito político que consolidó la presencia egipcia en la zona: muchos aliados de Muwattallis se pasaron al bando egipcio y los hititas no siguieron avanzando hacia el Sur, llegándose al acuerdo de no modificar aquella situación; aunque aún hubo lucha entre hititas y egipcios en los años siguientes, no parece que el frente hitita fuese causa de gran preocupación para Egipto.

A la muerte de Muwattallis su sucesor, Khattusilis III, firmó un tratado con Ramsés el año 1278, por el que las dos partes se comprometían a mantener la situación, a solucionar negociadamente los posibles conflictos, a ayudarse mutuamente ante terceros, a extraditar recíprocamente a los enemigos políticos refugiados en ambos países...

El texto del acuerdo se conserva tanto en la versión egipcia como en la hitita, que difieren sólo en pequeños detalles, sorprendiendo la madurez y la modernidad diplomática que ya existían hace casi treinta y tres siglos. Como ratificación del tratado, que ambas partes parece que cumplieron escrupulosamente, Khattusilis concedió a Ramsés como esposa a su hija Maa-Hor-Nefrurá. La boda se celebró en el año 1264, unos 29 años después de Qadesh, cuando Ramsés contaba más de cincuenta años.

Ramsés tensa su arco en Qadesh. Esta batalla, de resultado incierto, fue cantada por los egipcios como una gran victoria, puesto que sobre ella basó el faraón un larguísimo reinado pacífico y próspero (por Rosellini a partir del relieve del lateral izquierdo del pronaos del templo de Abu Simbel, publicado en *Monumenti dell'Egitto e della Nubia*, siglo XIX).

Su sucesor fue Sethi I (1303-1289 a.C.), que triunfó en Fenicia y en Palestina, manteniendo el control comercial de ambas áreas geográficas. Sethi I, que contribuyó a engrandecer el gran templo de Karnak y se hizo construir una de las tumbas más impresionantes del Valle de los Reyes, todo ello en el Alto Egipto, hizo, sin embargo, bascular su poder hacia el Bajo Egipto, fundando una nueva ciudad en el Delta, Pi-Ramsés, más próxima a las zonas neurálgicas de su poder económico y de su política exterior: Palestina, Fenicia y Siria.

Días de gloria: Ramsés II

Sería, sin embargo, el hijo de Sethi I, Ramsés II (1289-1224 a.C.), quien llevaría a Egipto hasta cotas jamás igualadas hasta entonces, convirtiéndose por ello en uno de los faraones más gloriosos de la Historia. Supo enfrentarse a una gran coalición de pequeños Estados sirio-palestinos que amenazaban con independizarse de Egipto y que se hallaban dirigidos por el gran país de Hatti. En audaz choque contra el rey hitita Muwattallis, pudo detenerlos en Qadesh, pequeña ciudad siria a orillas del Orontes, sobre quien vertebraba el país de Amurru.

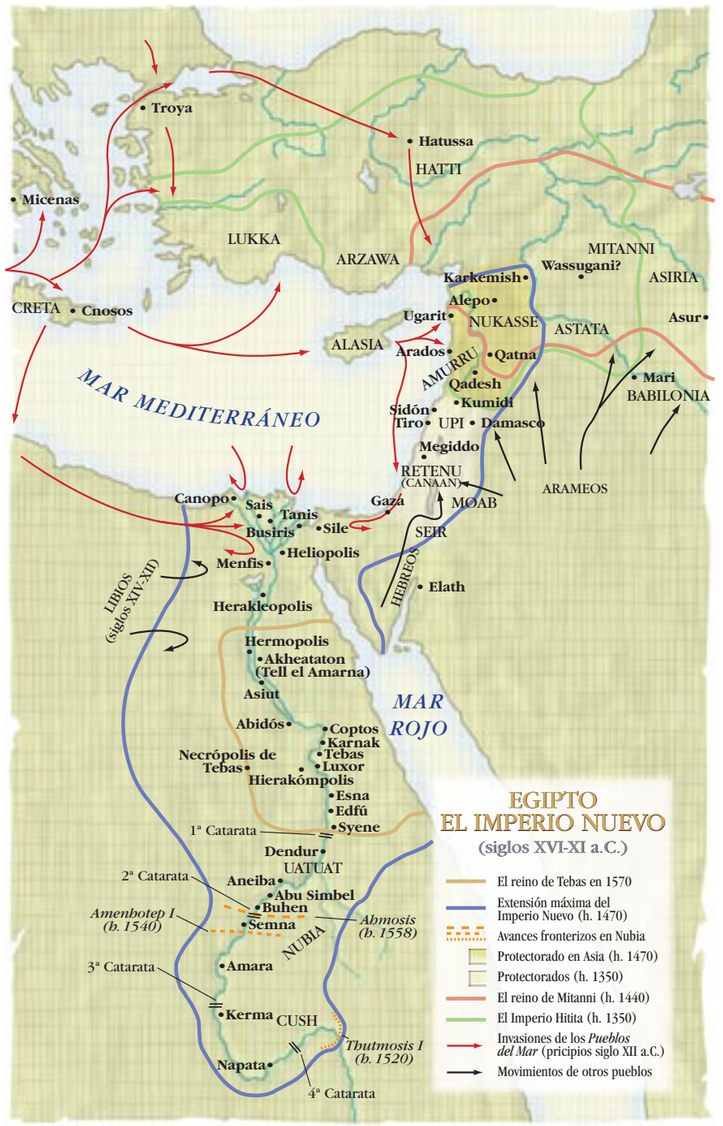
Aunque la batalla finalizó sin vencedores ni vencidos, el faraón se atribuyó la victoria, cuyos pormenores ordenó narrar en el texto que conocemos como *Poema de Pentaur* y que se grabó en distintos monumentos para su mayor fama. Ramsés II, aunque intentó hacer valer su prestigio por todo Canaán, Fenicia y Siria, comprendió que era imposible obtener una victoria absoluta, por lo cual negoció la paz con los hititas, entonces gobernados por Khattusilis III. Tras ese acuerdo, Egipto pudo vivir años de calma, prosperidad económica y florecimiento cultural, testimoniado éste en la restauración y construcción de numerosos y bellísimos templos, que pudo edificar gracias, en buena parte, al oro nubio.

Los últimos años de su larguísimo reinado –más de sesenta– estuvieron empañados por problemas sucesorios y por la lucha contra una serie de hordas invasoras (los *Pueblos del Mar*) que estaban trastocando el desarrollo histórico del Asia Menor.

Los problemas que había dejado Ramsés II sin resolver fueron heredados por su heredero –el decimotercero de sus hijos– Merenptah (1224-1204 a.C.), que a la sazón contaba ya con unos sesenta años de edad. Si hasta entonces Egipto había marchado contra Asia, ahora sería al revés. Y todo ello facilitado por la progresiva debilidad de los cinco últimos faraones de la dinastía XIX.

Merenptah, si hacemos caso a las fuentes egipcias, pudo detener a los *Pueblos del Mar*, en este caso a los libios, mandados por Marayey, que contaban con la ayuda de otras gentes, entre ellas los luka, los akiwasha, los sharden, los shekelesh y los tursha. En Pi-yer, no lejos de Menfis, se produjo un gran enfrentamiento que acabó victoriosamente para los soldados egipcios, quienes lograron dar muerte a 6000 enemigos y capturar a otros 9000. Merenptah hizo escribir esta victoria en los muros de Karnak, así como en la *Estela de Athribis* y la *Estela de Israel*. Para algunos egiptólogos, Merenptah pudo haber sido el faraón del Éxodo hebreo, si bien no hay fuentes que corroboren esta suposición.

Tras Merenptah, reinaron otros tres faraones en unas circunstancias verdaderamente calamitosas (Sethi I, Amenmesses, nuevamente Sethi II y Siptah) y una reina (Tausert), que no pudieron detener la decadencia por la que se deslizaba Egipto. Es más, el final de la dinastía conoció el intento usurpador de



Obsérvese la extraordinaria expansión lograda en Asia y Nubia, en tiempos de Thutmosis III, de la XVIII dinastía; los ramésidas retrocederían un poco en Asia, pero se mantuvieron firmes en Nubia (por Ángel de Marcos).

Tras el declive experimentado por la XIX dinastía en tiempos de los herederos de Ramsés II, hubo un momento de resurgimiento, ya en la XX dinastía, cuando llegó al trono Ramsés III, que desbarató las incursiones de los Pueblos del Mar. A la derecha, **representación de este gran faraón (1198-1166 a.C.) cazando toros en compañía de sus guerreros (relieve del primer patio del templo funerario que se construyó en Medinet Habu).** Abajo, **Ramsés III, en una magnífica escultura de granito hallada en Karnak (El Cairo, Museo Egipcio).**

Bay, un aventurero de origen sirio, que intentó erigirse en faraón, aprovechando la desorganización política.

Ramsés III, el último grande

Tras un período de confusión, Setnakht (1186-1184 a.C.), tal vez descendiente de algún miembro de la familia de Ramsés II, se alzó con el poder. Su reinado fue breve, pero pudo asociar al trono a su hijo, Ramsés III (1184-1153 a.C.).

Fue el último gran faraón de Egipto. Sus treinta y dos años de reinado significaron el restablecimiento de la paz tanto en el interior como en el exterior. Pudo emprender reformas sociales, motivar nuevamente el culto a los dioses, enviar expediciones a las minas y restaurar el comercio, aparte de embellecer Tebas y otros lugares. Fue Ramsés III quien puso término definitivo a las invasiones de los *Pueblos del Mar*, al derrotarlos en los años 5, 8 y 11 de su

reinado, según testimonian los bajorrelieves y textos de Medinet Habu, su gran templo y maravilloso palacio, rodeados de poderosas murallas.

Los informes militares recogen el número de muertos y prisioneros hechos (entre ellos Meshesher, jefe de los mashuash), así como los despojos arrebatados a los pueblos invasores, que fueron inventariados minuciosamente.

Sin embargo, aquellas campañas no pueden ocultar el estado real del país, que si bien vivía en la abundancia no era menos cierto que lo era a costa de entregar al estamento sacerdotal prácticamente el control de un tercio de las tierras. Así, el *Gran Papiro Harris* documenta las enormes donaciones de Ramsés III al templo de Karnak, haciendo de su titular, el Gran Profeta de Amón, un personaje de rango similar al del propio monarca. Sus últimos años de reinado fueron alterados por dos intentos para acabar con su vida. Uno se produjo en el transcurso de una usurpación, urdida en Athribis por un visir descontento; el otro fue un oscuro complot de harén, encabezado por su segunda esposa llamada Tiy, deseosa de que el poder pasara a uno de sus hijos. El *Papiro Rollin* permite suponer que Ramsés III salió indemne del atentado, pero las dudas subsisten entre los egiptólogos, ya que el subsiguiente juicio que se siguió contra los acusados tuvo lugar una vez fallecido Ramsés III. Las más de 30 personas que habían participado en tal acción –en la que incluso se llegó a emplear la magia negra– fueron juzgadas y muchas de ellas condenadas a muerte. Diferentes documentos tebanos, algunos papiros y los llamados *Textos Rifaud* permiten seguir todo este proceso.

La primera huelga de la Historia

A finales del año 29 del reinado de Ramsés III, Deir el-Medina fue conmovida por una serie de huelgas, motivadas por el retraso en la entrega de los salarios en especie que debían pagarse a los obreros que trabajaban en la tumba real. Al grito de "¡Tenemos hambre!", los obreros invadieron el templo de Medinet Habu y se desplazaron también por otros lugares escandalizando, amenazando y blandiendo sus herramientas. Todo un día duró la protesta, pero retornaron a Deir el-Medina cuando les prometieron que el asunto sería llevado ante el Faraón. Aquellas acciones tenían precedentes, pues un año antes habían recibido sus pagas con ocho días de retraso.

Al no cumplirse lo prometido y, tras haber pasado una noche cometiendo desmanes, los obreros penetraron en el recinto del Rameseum, esperando obtener provisiones de grano. Se sabe que la policía estaba presta a disolver a los huelguistas y, también, que los obreros pudieron exponer sus demandas ante el gobernador de Tebas: "Impulsados por el hambre y por la sed, hemos llegado a esta situación. No tenemos ni vestidos, ni aceite, ni pescado, ni legumbres. ¡Escribid a Faraón, nuestro buen señor! ¡Escribid al visir, nuestro superior!". Ante las demandas, el gobernador o quizás los sacerdotes de Tebas les anticiparon parte de lo debido, correspondiente al salario de un mes atrasado.

Sin haber podido cobrar todavía el salario del

La gloriosa dinastía XVIII

El Imperio Nuevo dio comienzo con la figura de Ahmose I (1552-1527 a.C.), quien al rechazar definitivamente a los invasores hicsos, pudo sentar las bases del futuro prestigio internacional egipcio. A él le siguieron diferentes faraones, sobresaliendo, entre ellos, la reina Hatshepsut (1490-1468 a.C.), famosa por las expediciones que ordenó hacer al País de Punt y por su inigualable templo funerario de Deir el-Bahari; Thutmosis III (1490-1436 a.C.), quien "por mandato de Amón" emprendió numerosas campañas para extender las fronteras de Egipto; Amenofis III (1402-1364 a.C.), faraón que supo mantener inmejorables contactos diplomáticos con las demás potencias de su época; y Amenofis IV (1364-1347 a.C.), el faraón "abanderado de la libertad" que pudo imponer la figura de Atón como

dios primigenio en Egipto, y persona eclipsada por su esposa, la bella Nefertiti.

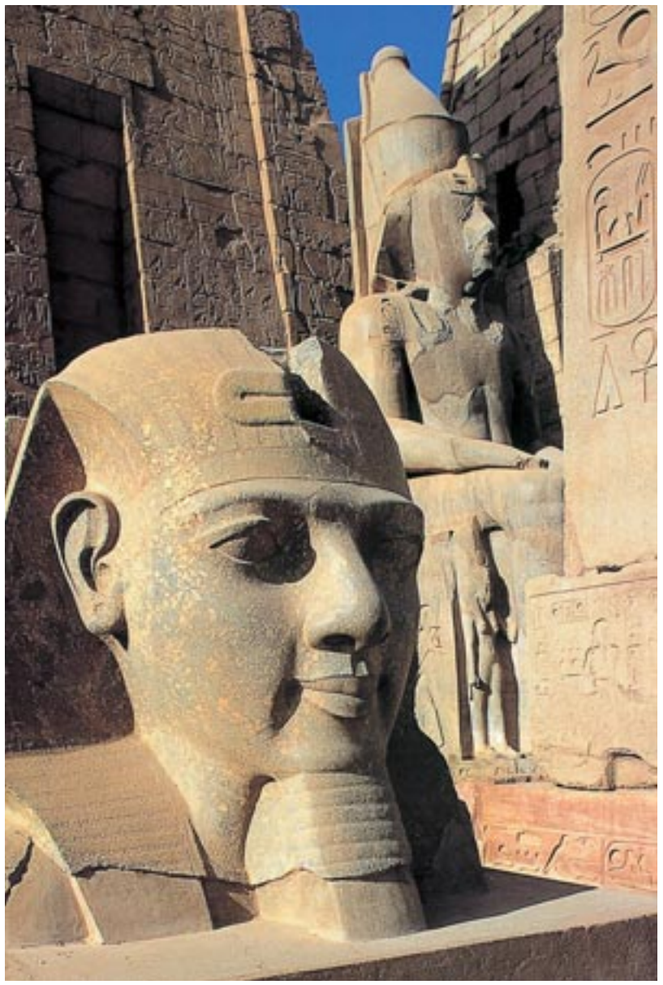
Tras el paréntesis de Smenkhkare (1349-1346 a.C.) y de Tutankhamón (1346-1337 a.C.), ambos de insignificante relevancia histórica (no así arqueológica y artística) y luego del fugaz reinado del anciano Ay (1337-1333 a.C.), caracterizado por las intrigas, la corrupción y la anarquía, alcanzó el trono Horemheb (1333-1305 a.C.), general de Ay y vinculado a la familia real gracias a su matrimonio con la princesa Mutnedjemet, quien se dio a la tarea de liquidar a sus enemigos personales, los vestigios del dios Atón y a reformar los cuadros de la burocracia oficial.

Cuatro personajes de otros tantos momentos decisivos de la XVIII dinastía: izquierda, **Thutmosis III, el conquistador;** centro, **Amenofis III, un gran faraón diplomático;** arriba, **Nefertiti, la bellísima reina, esposa de Amenofis IV (Akenaton);** abajo, **el eclipse de la dinastía: Tuthankhamón.**

mes en curso, los obreros de Deir el-Medina se manifestaron nuevamente y con mayor contundencia. Atemorizados, tanto el jefe de policía como los administradores de las tumbas entregaron a cada obrero medio saco de grano y una jarra de cerveza, pero esto no sirvió para atenuar el descontento. Dos días después, nuevos gritos de protesta y nueva ocupación de Medinet Habu. El jefe de los guardas del templo les prometió que daría cuenta de la situación al Faraón. Como nada se adelantara, las protestas de los obreros arreciaron e, incluso, amenazaron con violar tumbas; ante aquello, les fueran liquidados los salarios, si bien no en su totalidad.

Visto que aquella administración era incapaz de solventar el problema, la huelga tomó tintes *políticos*: ante un inspector, los obreros llegaron a decir que su huelga "no era a causa del hambre, sino por las malas acciones que se habían cometido en aquel lugar". Tampoco, dos meses después, el visir To, ocupado en asuntos estatales, hizo nada por resolver el asunto, del que por fin había tenido noticia: envió a su jefe de policía Nebsemen con una pequeña partida de grano. Nuevas esperas, nuevos encierros y nuevos gritos hasta que, al cabo de cuatro meses, To, nuevamente de inspección por la zona, pudo entregarles cincuenta sacos de grano. Con ello, el orden volvió a Deir el-Medina.

Dos muestras del esplendor artístico en el reinado de Ramsés II: cabeza colosal del faraón ante el templo de Amón en Luxor, abajo, **y retrato de su bella esposa Nefertari (detalle de uno de los frescos de su tumba en el Valle de las Reinas,** derecha**).**



Resulta extraño indicar que el Faraón, que disponía de decenas de miles de sacos de grano, fuera incapaz de pagar cincuenta a los trabajadores que le preparaban su tumba. ¿Era tiempos de escasez o aquello era lo normal en la burocracia egipcia?

Cuesta abajo

En realidad, se sabe muy poco de los hechos históricos protagonizados por los ocho últimos ramésidas, verdaderos parásitos reales, cuyos reinados agudizaron todavía más la evidente decadencia en la que se había sumido Egipto.

De Ramsés IV (1153-1146 a.C.) se conocen diferentes expediciones en búsqueda de piedra, tanto de construcción (uadi Hammamat) como preciosas (península del Sinaí). Dichas expediciones exigieron la confección de mapas geológicos y geográficos. Ordenó componer el *Papiro Harris* y se hizo construir una grandiosa tumba.

Su sucesor, Ramsés V (1146-1142 a.C.), gobernó rodeado de funcionarios y sacerdotes venales. Sus últimos días se agravaron con el conato de una guerra civil. Al no haber dejado descendencia, el trono pasó a su hermano, Ramsés VI.

Ramsés VI (1142-1135 a.C.) fue testigo de una virulenta crisis, agudizada por la actividad de bandas de saqueadores –al parecer, los mercenarios del ejército– que incluso aterrorizaban al pueblo llano. Con todo, fue capaz de enviar expediciones al Sinaí, pero nunca más Egipto volvería a estar presente en aquella zona.

Su hijo, Ramsés VII (1135-1129 a.C.), nada pudo hacer ante la gran inflación económica en que vivía el país, agravada por la carestía de alimentos y las revueltas sociales. Al morir sin descendencia, el poder pasó a un tal Sethherkhepeshef, hijo probablemente de Ramsés III, que tomó el nombre de Ramsés VIII y es considerado por algunos egiptólogos como un usurpador. Apenas reinó durante un año, acerca del que nada interesante ha llegado hasta hoy.

En 1127 a.C., tomó el poder Ramsés IX, miembro quizá de la familia de Ramsés III. De su reinado han llegado noticias de los robos y saqueos efectuados en las tumbas reales y nobiliarias, que causaron verdadero escándalo, así como de procesos judiciales que no condujeron a ninguna parte. A ello se unió la concesión de extraordinarios privilegios al clero de Amón y la invasión de gentes meshuesh, libu y khasetyu.

Ramsés X (1109-1099 a.C.), hijo del anterior o quizá de Ramsés VI, tuvo un reinado marcado por una grave carestía, que volvió a activar el saqueo de tumbas y la decadencia moral.

Su hijo, Ramsés XI (1099-1069 a.C.), hubo de enfrentarse ya desde sus comienzos con Amenhotep, Sumo sacerdote de Amón, a quien depuso de

su cargo para evitar un golpe de Estado. Las revueltas, se sucedieron tanto en el Egipto Medio como en la zona tebana y hubieron de ser sofocadas violentamente por el Virrey de Nubia, Panehesy, llamado para tal menester. La carestía de alimentos fue tal que uno de los años fue denominado como *Año de las hienas*.

El poder del Faraón comenzó a atomizarse. En el Delta, el Visir del Bajo Egipto, Smendes, gobernaba de modo autónomo; otro tanto ocurrió en Tebas, en donde un profesional de la milicia, Herihor, supo hacerse además con el control religioso y erigirse en Primer profeta de Amón; este personaje inició una nueva Era para fechar documentos y que hizo arrancar del año 19 de Ramsés XI (Era del Renacimiento) y terminó por asumir prerrogativas y titulaturas reales. Se ignoran cuáles serían los últimos momentos del faraón, quien se había visto obligado a abandonar Pi-Ramsés y a establecerse en Tanis. Ramsés XI murió en el más oscuro anonimato, en medio de revueltas religiosas, saqueos y violaciones de tumbas y una verdadera anarquía política. A su muerte, el mencionado Smendes se convertiría en el primer faraón de la dinastía XXI. La Era de los Ramésidas había pasado a la Historia. Egipto estaba abocado a su total decadencia.

El Arte ramésida: cantidad y escenografía

Los parámetros artísticos del período ramésida siguieron siendo los tradicionales que Egipto había ido conociendo a través de su historia. De hecho, lo que le faltó en calidad quedó compensado por la cantidad, que fue mucha tanto en arquitectura como en plástica y en pintura.

Respecto a la arquitectura, hay que señalar la gran actividad desplegada por Sethi I, quien concentró sus esfuerzos en Pi-Ramsés y sobre todo en Abidós, lugar del enterramiento de Osiris según la

La literatura

Aunque la lengua egipcia fue muy pobre en vocabulario filosófico, sí fue extraordinariamente rica en evidenciar las imágenes de la vida, gracias a la riqueza gráfica de sus signos jeroglíficos. Con ellos se elaboró una interesante literatura que tuvo también su cultivo, aunque no su Edad de Oro, en la época ramésida.

Dejando a un lado las inscripciones históricas (Literatura epigráfica) y determinados textos funerarios (Libros religiosos y del Más Allá), en tal época se redactaron diferentes himnos que conocieron un gran éxito. Hay que recordar los himnos dedicados a Hapy (el Nilo) y a Amón, ambos de sentida expresividad. A ellos se les debe sumar los himnos dedicados a los reyes, verdaderos homenajes a su persona y reinado, puestos, curiosamente, a veces, en boca de los propios dioses. Así, el *Himno de la diosa Neith* dirigido a Merenptah. No faltaron tampoco cantos dedicados a las más importantes ciudades, como Abidós, por citar un ejemplo.

Ahora se conocería el género de la letanía, consistente en el recitado de los nombres, incluso los de carácter secreto, de las divinidades. La más célebre de las letanías es la conocida como *Letanía de Ra*, que apareció por primera vez en la tumba de Sethi I y que luego sería copiada en las sepulturas de otros ramésidas (Ramsés II, Ramsés III, Ramsés IV y Ramsés IX).

De más empaque literario fueron las leyendas que tenían por finalidad averiguar el nombre de los dioses (*Leyenda de Ra y de Isis*), plantear problemas de tipo moralista (*Leyenda de la Vaca del cielo y el nuevo universo*) o bien servir de entretenimiento (*Leyenda de la destrucción de la humanidad*).

Por encima de tales textos, los egipcios supieron continuar en la época ramésida con la elaboración de cuentos, de alta calidad literaria, que bajo un argumento sencillo encerraban significados profundos. Podemos recordar *El Príncipe predestinado*, de ribetes maravillosos; *La verdad y la Mentira*, de claro simbolismo moralizante en torno a dos hermanos, y, sobre todo, el magnífico cuento mítico de *Los dos hermanos*, que narraba las aventuras de Anup y Bata.

También la época ramésida supo elaborar poemas, fundamentalmente de carácter amoroso, en los que primaban sobre todo las imágenes literarias, el lirismo y una refinada sensualidad. Tales poemas nos han llegado en papiros o sobre ostraca y, según algunos egiptólogos, estaban destinados a ser recitados con acompañamiento musical de flautas y arpas. También se ha señalado que algunos de ellos influyeron en el *Cantar de los Cantares* de Salomón.

Dos testimonios del mejor gusto estético de la XIX dinastía, que en su ocaso perdió finura. Arriba, **estilizado relieve que muestra a Sethi I y al joven Ramsés II cazando un toro (templo de Sethi I en Abidós).** Izquierda, **Ramsés II, en una excelente representación escultórica (El Cairo, Museo Egipcio).**

tradición, sin olvidar en absoluto Karnak. A ello debe sumarse su extraordinaria tumba, con magnífica decoración mural. El largo reinado de Ramsés II le permitió dejar sembrado todo el país de monumentos –efecto aumentado por su afición depredadora, pues ordenó sustituir numerosos cartuchos de faraones anteriores por los suyos–. Modificó el templo de Luxor, edificó el Rameseum, su templo funerario, ordenó excavar la tumba de Nefertari, su esposa preferida, y sobre todo dejó en Abu Simbel dos de las joyas del arte egipcio consistentes en dos templos excavados en la roca (hoy, felizmente salvados de las aguas), que constituyen un ejemplo de monumentalidad y escenografía religioso-política.

Ramsés III emprendió, también, importantes proyectos arquitectónicos. Insertó construcciones en Karnak y eligió Medinet Habu, no lejos del Rameseum, para edificar su templo funerario y su palacio, a los que dotó de otras construcciones, murallas y torreones defensivos (el célebre migdol).

En cuanto a la plástica, puede indicarse que durante el reinado de Ramsés II se asistió a una producción cuantitativa excepcional, labrándose estatuas colosales del monarca, tanto exentas (coloso de Menfis) como adosadas (caso de la fachada del Gran templo de Abu Simbel). La estatua sedente del Museo Egipcio de Turín (1'94 m de altura), labrada en granito negro, y en la que están presentes a menor tamaño su esposa Nefertari y uno de sus hijos, es de fina sensibilidad, acrecentada por su regia corona militar y por la firmeza de su mano diestra sosteniendo el cetro-heka. Pocas veces antes, poder e ideología real habían sido tan elocuentemente expresados.

Con Ramsés III, el arte escultórico y el relieve egipcios siguen perdiendo finura; los fragmentos conservados de sus colosos muestran una indudable tosquedad; mejor es su representación osirizada en la tapa de su sarcófago, hoy conservado en el Fitwilliam Museum de Cambridge.

Puesto que los ramésidas se supieron identificar a la perfección con las divinidades, no faltan estatuas en las que reyes y dioses recibieran idéntico tratamiento plástico e incluso el mismo culto. Así aparecen Ramsés II y Ptah, Ramsés II y Sekhmet, etcétera. En otros casos, el monarca se halla junto a dos, tres e incluso cuatro divinidades. Poder y religión eran una misma cosa.

La estatuaria de particulares ha deparado hermosos ejemplares, caso de la del Visir Paser o la estatua-cubo de Bakenkhonsu, por citar un par de ejemplos. Las estatuas a base de *grupos de parejas* conocieron en este período una notable perfección técnica, siendo el ejemplo más elocuente el famoso *Grupo de Iuni y su esposa* (75 cm de altura), labrado en caliza, y hoy en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

La pintura y el relieve difieren por su calidad dentro del propio periodo. El templo de Abidós, la sala hipóstila de Karnak y la tumba de Sethi I son de altísimo interés en tales aspectos y lo mismo cabe decir de los ejemplares del tiempo de Ramsés II, cuyos relieves en Abidós y en Karnak son de gran finura. Los de Medinet Habu, de Ramsés III, son asimismo extraordinarios, sobre todo las escenas militares y las venatorias. Las tumbas también sobresalen por su rica decoración, prácticamente todas con idéntico programa iconográfico y temático, repitiéndose una y otra vez diversos pasajes del *Libro de los Muertos*, de las *Letanías de Ra* y de otros textos de carácter funerario.

Modélica en su género es la tumba de la reina Nefertari en el Valle de las Reinas, de variados registros estéticos y religiosos, reabierta a los visitantes no hace mucho tiempo (el turista debe reservar en España su visita). Las tumbas privadas, en especial las de Saqqara, Tebas y Deir el-Medina, presentan, por su parte, una gran diversidad de estilos e incluso de técnicas.

En suma, el arte ramésida, supo continuar con calidad decreciente el grandioso arte del Imperio faraónico, pero al final del período, acosados sus faraones por graves problemas internos y externos, llegó a una evidente degradación.

DOSSIER

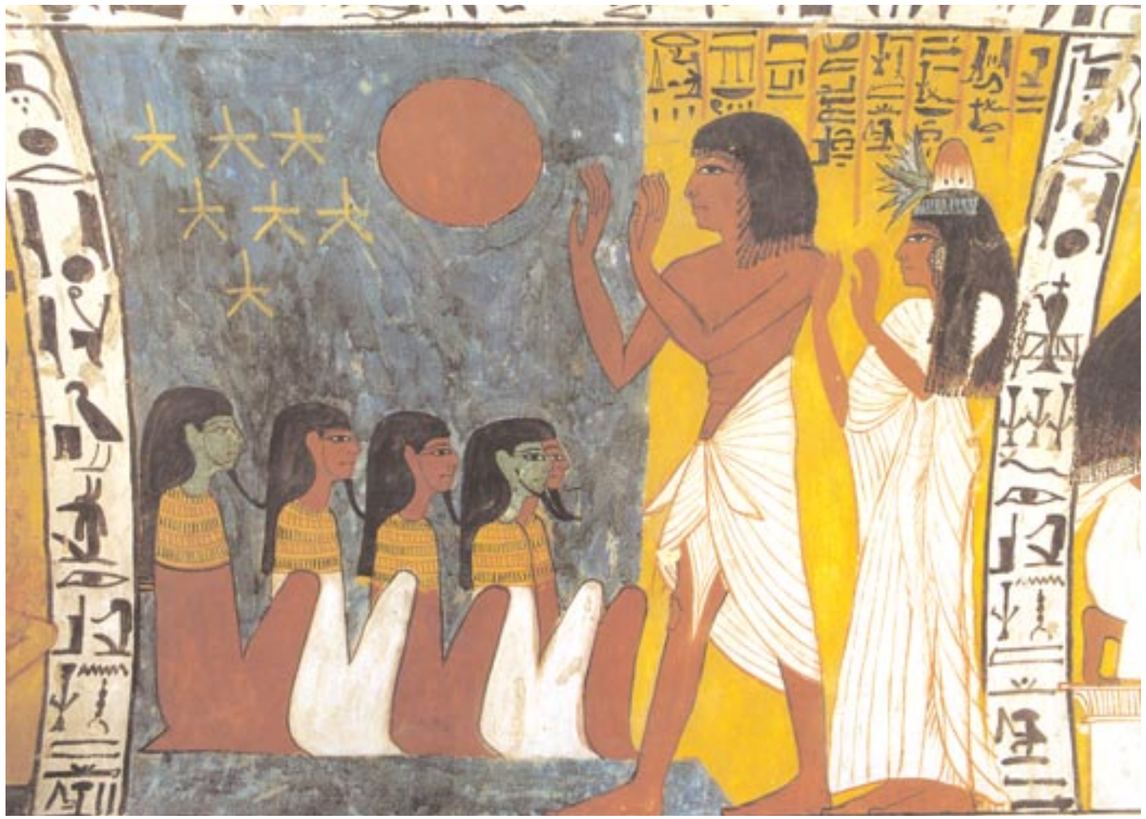
Esplendor y ocaso

Fuerte estructura social, equilibrio, justicia, trabajo y administración sabia fueron las bases del poder y la estabilidad ramésidas, pero pronto comenzaron la corrupción de costumbres y el declive

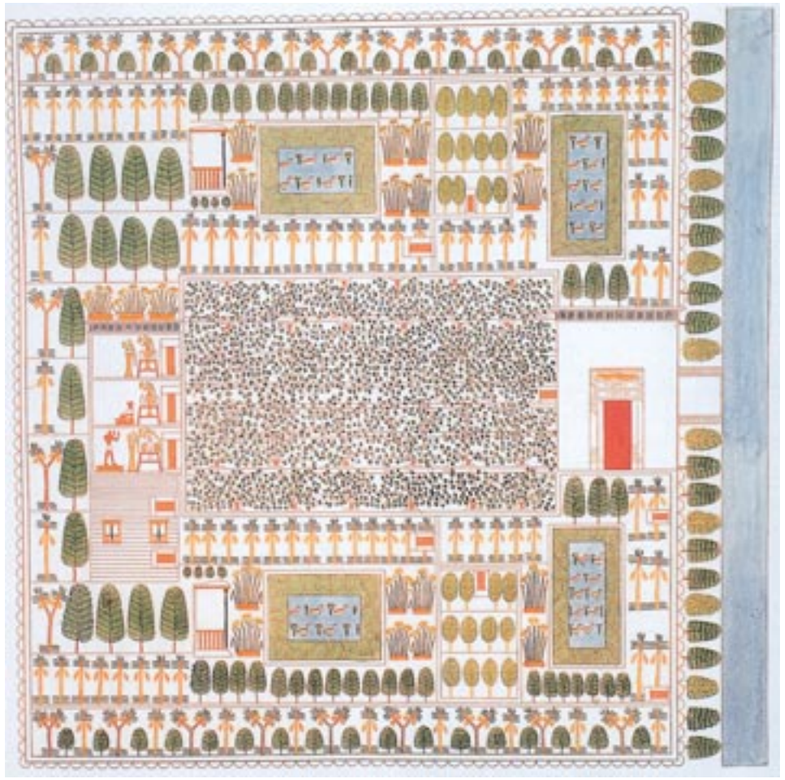
Francisco J. Martín Valentín
Socio Fundador de la Asociación Española de Egiptología

HUBO UNA ÉPOCA EN LA HISTORIA DEL Egipto de los faraones durante la que, saliendo de una enorme crisis antes nunca conocida, la sociedad egipcia se tornó hacia su milenario pasado para buscar sus más puras raíces. Fue un periodo que contempló los últimos esplendores genuinos de aquella grandiosa civilización. En el Egipto restaurado por Horemheb, las gentes hubieron de recuperar todos y cada uno de los elementos que configuraban su vida cotidiana, desde sus dioses y sus templos hasta su seguridad en que cada día volvería a salir, de nuevo triunfante, el sol por Oriente.

La llamada *revolución del periodo amárnico*, había sumido a la mayor parte de Egipto en un abandono casi total. La administración, ayer altamente eficaz y garante del buen funcionamiento del país, estaba corrupta; los dioses, abandonados y sus templos, cerrados; el rey, antes intermediario entre la divinidad y los hombres, ya no hacía las ofrendas ni se celebraban en su nombre los ritos del culto divino diario. Hasta el *Padre Nilo* amenazaba con no volver a crecer.



Sennedjem, importante funcionario de la XIX dinastía en la necrópolis de Tebas, adora, junto con su esposa Inyferti, a cinco divinidades estelares, en la decoración del techo de su tumba (Deir el-Bahari).



Representación de la casa, jardín y huerto de un alto funcionario del Imperio Nuevo, que da idea tanto del buen gusto como de la sencillez de su vida. Vides, plantas de loto y de papiro, estanques con patos, todo simétrico y sereno, con un profundo contenido espiritual, puesto que debe tenerse en cuenta que se trata de la decoración de una tumba, la de Sennefer, un príncipe de la XVIII dinastía (necrópolis de los nobles en El Kurna, Tebas).

décimo de orden– el país fue hundiéndose paulatinamente, hasta desembocar en la anarquía libia del llamado Tercer Periodo Intermedio. ¿Cómo fue posible que la sociedad egipcia cayera, a pesar de todos los esfuerzos, en una decadencia tan profunda como la producida durante los efímeros reinados de los últimos ramésidas?

Afortunadamente, ha llegado hasta nosotros una ingente cantidad de papiros y de documentación que permiten conocer con cierta profundidad la naturaleza de la vida cotidiana de los egipcios de las dinastías XIX y XX, aproximadamente entre los años 1292 a 1080 antes de Cristo.

Fuerte estructura social

La estructura social de este periodo estaba compuesta por una mayoría de egipcios que integraban el pueblo con estatutos variados. En lo más bajo de la escala social, se encontraban los hombres dedicados a los grandes trabajos masivos, característicos de la organización estatal egipcia de todos los tiempos. Se trataba de la población sobre la que recaía la obligación de prestar sus servicios forzosos para las construcciones públicas. Por duras que fuesen sus condiciones de vida, no se puede hablar de esclavos en la acepción del mundo clásico grecorromano. Estas gentes podían poseer bienes y contraer obligaciones o ejercer derechos, lo que indica que estaban dotados de una cierta capacidad jurídica en su estatuto personal.

También formaban parte de estas bajas capas sociales los agricultores vinculados a los dominios de los templos o de la Casa Real, los pequeños propietarios, agricultores independientes, los que ejercían oficios humildes y los soldados rasos que integraban las tropas del Faraón. Han llegado hasta nosotros pocos restos directos procedentes de esta masa popular, puesto que, normalmente, no poseían más que modestos objetos personales de escasa calidad, que han tenido cierta dificultad para conservarse hasta hoy. Cuanto se conoce de estas gentes, se debe a los datos proporcionados por fuentes documentales normalmente elaboradas por aquéllos a quienes servían.

Existía, luego, una jerarquía media lo bastante extensa como para dar una fuerte estructura al país. La integraban, en suma, aquéllos que pudieron dejar sus nombres en monumentos y objetos de toda índole. Dentro de estos monumentos, se puede distinguir netamente entre una elite superior que regía a otra, inferior, a partir de las delegaciones de parcelas de poder que los segundos habían recibido de los primeros. Esta localización social venía determinada porque estas personas poseían competencias específicas que les otorgaban un estatuto social superior, a partir de su conocimiento de la escritura. Esta era la frontera social por excelencia. El Egipto ramésida conservó la preeminencia que se concedía al hombre letrado por encima del resto de la población iletrada.

Integraban este colectivo artesanos altamente especializados, como los obreros de la Tumba Real, de la ciudad de Deir el-Medina, los oficiales que gestionaban la intendencia real o de los templos, los miembros de las capas bajas y medias de los cleros y, sobre todo, un auténtico ejército de escribas y burócratas, encargados de sustentar la organización administrativa real y de los templos. Durante la época ramésida, los integrantes de estas capas de la sociedad comenzaron a tener, más que nunca antes, conciencia de clase; a su trabajo y disciplina debían mucho la buena marcha del país y el correcto gobierno del Faraón.

La jerarquía social superior estaba compuesta por altos funcionarios militares, tales como el Gobernador de los Países Extranjeros del Norte, que controlaba los territorios de la zona sirio-palestina de influencia egipcia; otro alto funcionario de rango era el Hijo Real de Kush, que actuaba con un poder absoluto y enormes medios a su disposición en una región totalmente bajo control egipcio y con una gran producción de oro.

Papel económico de los templos

Dentro de esta elite, también se encontraban los componentes del alto clero y, principalmente, los sumos sacerdotes de los tres templos principales de Egipto, es decir, el del dios Ra de Heliópolis, el de Ptah de Menfis y el de Amón-Ra de Tebas, cuyos dominios e ingresos formaban una importante parte de la riqueza de Egipto. Los templos –y, muy especialmente, el de Amón-Ra de Tebas– formaban parte esencial de la organización del Estado ramésida. En efecto, el inmenso poder y riqueza que Egipto obtenía de sus posesiones asiáticas y africanas se veían desviados en gran parte en beneficio de los dioses, sus cleros y sus templos. En función de ello, los dominios agrícolas que les estaban afectados debían pagar censos y rentas de toda índole.

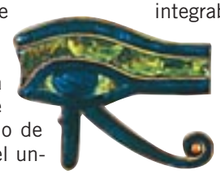
Los templos de culto real de la zona tebana también recibían una serie de importantes ingresos, para los que se les afectaban tierras y explotaciones agrícolas. Por ejemplo, en el templo de Ramsés III, en Medinet El-Habu, existe un *calendario de ofrendas* que incluye una serie de sesenta y siete listas que recogen el detalle de los diferentes artículos que había que entregar al templo en distintas ocasiones a lo largo del año. Aunque sólo se han conservado las ofrendas correspondientes a los nueve primeros meses del año, basta para hacerse una muy completa idea del volumen económico que ello representaba. Parece probable que esta lista fuese una copia casi exacta de la que se utilizaba en el cercano templo de Ramsés II, el Rameseum.

Todos estos datos permiten comprender que los templos, en general, desarrollaban un

Arriba, **el faraón Sethi I ante la diosa Hator (dibujo de Ricci, a partir de los relieves polícromos de la tumba del faraón, una de las más bellas del Valle de los Reyes).** Izquierda, **vendimiadores (detalle de la decoración de la tumba de Nahkt, uno de los nobles de la XIX dinastía sepultados en El Kurna).**

En esta tremenda situación de abandono y de caos, un militar restaurador, el general Horemheb fue designado por los dioses para ocupar el trono de Egipto a la muerte del faraón Ay, el último familiar del entramado amárnico que había poseído el poder real en la Tierra Negra. Horemheb asumió, pues, la tarea de restaurar el equilibrio y la justicia por medio de la elaboración de las normas necesarias. El texto de su célebre *Decreto* dice: "…Así pues, su Majestad deliberó con su corazón para extender su protección sobre el país todo entero… para rechazar el mal y destruir la mentira; sus proyectos fueron un refugio eficaz a fin de expulsar la violencia…" Se puso en marcha una reforma legal en todo el país, castigando a los funcionarios venales y reclutando alrededor del nuevo soberano hombres en los que se pudiera confiar, para obtener una saludable y honrada administración para el pueblo, hasta entonces oprimido.

Antes de su muerte, este anciano militar designó a un compañero de armas para sucederle como nuevo rey, el general de arqueros Pa-Ramessu, quien subiría al trono con el nombre de Ramsés I. No obstante los esfuerzos desplegados para conseguir la total restauración del equilibrio de la Justicia perfecta –que garantizó desde siempre la vida en Egipto, entre el corto reinado de este soberano y el del último Ramsés, el un-



Los constructores de tumbas

Las tumbas de época ramésida son las más grandiosas del Imperio Nuevo. Fueron excavadas en el Valle de los Reyes, a veces con una longitud de cien metros y ganando profundidad con un ángulo pronunciado. Los arquitectos trataron de que en ellas el rey difunto dispusiera de espacio para seguir rodeado de sus objetos familiares: muebles, objetos de uso personal, alimentos y las vísceras extraídas de su momia –contenidas en los vasos canopes– que se almacenaban más o menos ordenadamente en las diversas habitaciones.

Pero el difunto precisaba, también, de la compañía de sus familiares y criados, de la visión de sus posesiones y de aquellas aficiones que había amado, como la caza o la pesca. Los artistas se encargaban de representarlas o de describirlas en los corredores del sepulcro. También, en esas paredes se pintaban o esculpían en bajorrelieve los muchos méritos que el difunto quería presentar a la hora del juicio ante Osiris y toda una serie de textos y oraciones –extraídos en esa época del *Libro de las puertas*, del *Ritual de la apertura de la boca*, del *Libro de la vaca celeste*, o de las *Letanías del sol*– que guiaban el alma hacia el más allá.

Los constructores procuraban que las tumbas escapasen de la violación y el saqueo, para lo que se las hacía con la mayor discreción, ocultaban su existencia y las dotaban de puertas de seguridad y puertas falsas para impedir el paso y para despistar a los saqueadores; así como de trampas para ladrones. Con todo, muy pocas se salvaron del expolio.

Los artesanos que construían las tumbas reales vivían el poblado de Deir el-Medina. Eran unos 40, aunque en algunos momentos se mencionan hasta 120. Cuando un nuevo faraón ocupaba el trono, funcionarios reales elegían el lugar para su tumba y los arquitectos trazaban los planos. Dirigidos por un capataz, los picadores abrían la galería; les seguían los albañiles que preparaban las paredes para que fueran rectas y lisas, rellenando con yeso las grietas y hendiduras.

Después iniciaban su trabajo los dibujantes, que esbozaban las figuras; un maestro y un escriba revisaban textos y representaciones; luego, los escultores los tallaban en la piedra y, finalmente, los coloreaban los pintores o, si sólo se iban a pintar, eran estos quienes daban el último toque. La muerte del faraón interrumpía, a veces, estos trabajos y se observan muchas tumbas con la decoración sólo esbozada en algunas partes.

El responsable de la construcción de las tumbas reales era el visir de Tebas; de la administración y supervisión se encargaba un escriba; de la dirección técnica se ocupaba un maestro, de quien dependían los capataces, jefes directos los obreros y especialistas. Para que el trabajo avanzara a un ritmo elevado, los trabajadores se dividían en dos cuadrillas, la del "lado derecho" y la del "lado izquierdo", con lo que se conseguía un fuerte espíritu de emulación y que los operarios no se estorbaran unos a otros.

trascendente papel en la economía de Egipto. Se sabe que había tres grandes grupos de ofrendas: las diarias, las mensuales y las anuales. Las listas comienzan enumerando las distintas clases de panes, pasteles o jarras de cerveza que había que ofrecer y terminan indicando la cantidad de grano necesaria para elaborar estos alimentos. Las medidas o unidades utilizadas son perfectamente conocidas: se trata del *saco*, que equivale a setenta y seis litros y del *oipé*, que equivale a un cuarto de *saco*. Según estas inscripciones, las ofrendas cotidianas en el caso de este templo suponían ciento diez sacos, es decir, 8.360 litros diarios de cereal. Estas ofrendas pasaban a los graneros del templo y servían para alimentar a los sacerdotes (unos ciento cincuenta) que componían el clero adscrito, en este caso, al culto divino del rey.

La Tumba, una institución real

Algo semejante sucedía con los obreros encargados de construir la Tumba del Faraón, cuyo salario es perfectamente conocido. Recibía, cada uno de ellos, cinco *sacos* y medio de grano al mes, de ellos, cuatro de trigo para el pan y uno y medio de centeno, para fabricar cerveza. Considerando que, con esos 418 litros de grano mensual se alimentaban los seis u ocho integrantes de una familia, podemos deducir que con las ofrendas mensuales del templo de Ramsés III podría haberse alimentado mensualmente a unas seiscientas familias, es decir unas cuatro mil ochocientas personas.

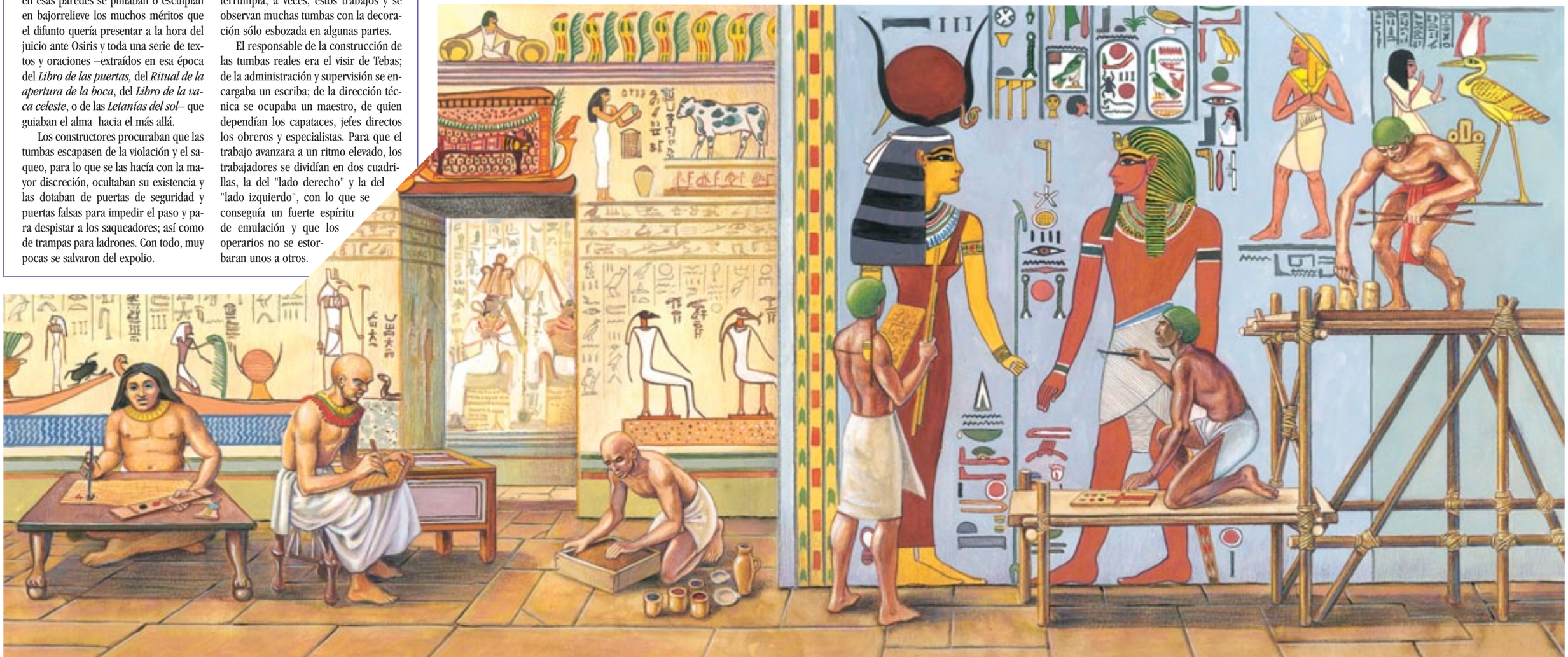
Estos cálculos permiten deducir cuáles eran los criterios de distribución de la riqueza del país en el Egipto ramésida. Pero también se sabe que, con cargo a estos ingresos de los templos se ordenaba atender otras obligaciones de la administración. Por ejemplo, consta que en el undécimo día del tercer mes del año 2 del reinado de Ramsés IV, los obreros de la ciudad de Deir-el Medina recibieron nueve raciones de carne y once cabezas de ganado con motivo de la Fiesta de Opet; el día 18, se les entregaron otras nueve cabezas y el último día del mes, cinco más. Estos datos permiten intuir que la existencia de los templos era imprescindible para el funcionamiento de la sociedad en Egipto, puesto que constituían auténticos centros de redistribución de la riqueza, indispensables para la subsistencia del sistema.

Decoración de una tumba en época ramésida. La representación del faraón ante la diosa está copiada de un detalle de la decoración de la tumba de Horemheb, general y último faraón de la XVIII dinastía (reconstrucción ideal por Fernando García Fernández).

De tal modo, cuando un rey se hacía construir su templo funerario y su tumba, estaba proveyendo a la supervivencia del país por medio de la creación de un organismo de ayuda mutua y de interés público.

Toda esta fuerza económica se controlaba desde las oficinas públicas gobernadas por los funcionarios de la alta jerarquía ramésida. El Director de los Dos Graneros era el responsable de los cereales recolectados y redistribuidos como se ha explicado más arriba; el Director de la Casa Blanca o del Tesoro controlaba y dirigía el proceso de gestión de los productos y bienes de consumo, tales como los metales, los tejidos o la miel.

En la cúspide de toda esta organización social se encontraban el Visir del Sur y el Visir del Norte. Eran los más altos responsables del Estado faraónico encargados de controlar y armonizar las actividades de las instituciones que componían ese complejo aparato administrativo. Ellos eran los depositarios de los archivos públicos, en los que constaban detalladamente los registros catastrales y las copias de las actas y contratos privados. También se encargaban de vigilar que las leyes emanadas



del faraón se aplicasen. Entre los visires de Ramsés II, destacó especialmente Pa-Ser, hijo del Sumo sacerdote de Amón, Pa-Ra-Hotep.

La familia del rey

Cercanos al mismo faraón y netamente destacados de la mera organización social egipcia estaban los altos dignatarios de palacio. Tales eran el Gran Intendente, responsable de los dominios pertenecientes a la corona; el Director de lo que está sellado, responsable de los productos preciosos y los jefes de la administración de la casa del rey como el Director de la Sala (del trono) o el Director del Interior (del palacio).

Durante el periodo ramésida, se produjo más que nunca antes en Egipto un fenómeno de promoción política en las personas de favoritos de origen no egipcio –a menudo, hijos de notables extranjeros– que integraban cuadros de confianza personal del rey, destacados con el título de Copero del faraón. Educados en el Kap Real, especie de serrallo faraónico, conocieron en ocasiones el desempeño de importantes funciones de poder y control sobre los propios funcionarios egipcios. Tal fue el caso de Urjiya y su hijo Lupa, de origen hurrita, que fueron los máximos responsables del Templo de Millones de Años de Ramsés II en la orilla occidental tebana.

Otra característica de la organización social ramésida fue la especial promoción y reconocimiento de los integrantes de la familia real dentro de lo que podríamos llamar *el sistema de gobierno egipcio*. Durante el Imperio Nuevo, hasta la época ramésida, los integrantes de la familia real jugaban un muy discreto papel en la vida pública del país.

Escenas de la vida cotidiana. Arriba, derecha, **campesino extrayendo agua de un canal del Nilo por medio de un *shaduf*, un balancín cuyo contrapeso no se observa en este detalle (tumba del escultor Ipui, que trabajó en la tumba de Ramsés II, Deir el-Medina).** Abajo, izquierda, **tejedoras trabajando en sus telares (de la casita de muñecos de un niño egipcio, Museo de El Cairo).**

Con la revolución amárnica se pusieron, sin embargo, de manifiesto por primera vez las individualidades de los hijos e hijas reales. No obstante, fue en época de Ramsés II cuando el estatuto particular de estos príncipes y princesas cobró un reconocimiento cada vez más ostensible. En este momento surge, por primera vez reconocida como tal, la condición de Príncipe Heredero; en los inicios de la dinastía XIX se establece una necrópolis especial, el llamado Valle de las Reinas para enterrar a las reinas y a los infantes reales; en tiempo de Ramsés II, se hacen figurar en monumentos como el Templo de Abu Simbel, el de Abidos o el Rameseum las procesiones de hijos reales que, a su vez, parece que pudieron haber sido enterrados en el mismo Valle de los Reyes, conforme prueban los últimos descubrimientos llevados a cabo en la KV 5. El más notorio de estos Príncipes Herederos, fue Ja-em-Uaset, primogénito de Ramsés II, un auténtico sabio que se dedicó a restaurar monumentos ya antiguos en aquélla época.

Bienestar social

En el apogeo ramésida, los obreros a sueldo del Estado –que debieron ser muchos, dada la política constructora del faraón– también mejoraron su condición social. Por ejemplo, los que trabajaban en las necrópolis tebanas –pintores, escribas, escultores, canteros, vigilantes– disponían de una pequeña casa, de un modesto salario y del suministro de alimentos: pan, carne de vacuno, de gacela, de aves, verduras variadas y abundantes, leche, cerveza y hasta cierta cantidad de vino.

Las condiciones laborales parecen extraordinarias para aquella época: trabajaban 8 días y descansaban 2; la ausencia laboral estaba justificada por enfermedad, por la celebración de la Fiesta de la Madre, por ausencia de la esposa e, incluso, por conflictos familiares. Cada cuadrilla de obreros disponía de un médico, que vigilaba la higiene en el trabajo y podía exigir que se mejorara si la encontraba peligrosa y fuera de las normas.

Los derechos de los trabajadores también están documentados: una joven tejedora fue expulsada del trabajo por el capataz acusándola de inexperiencia. La madre de la muchacha denunció el hecho al visir, que examinó el caso y ordenó su inmediata readmisión. Los abusos de los capataces, si no eran remediados por la ley, terminaban en huelgas. Hay papiros que cuentan como los obreros "se tumbaban" cuando no estaban de acuerdo con el trato, el trabajo, los salarios o los alimentos.

Esta mejora en el respeto a los derechos alcanzó, también, al campesinado, que si bien no mejoró su situación, ni se le aligeraron las cargas fiscales, al menos pudo recurrir contra el embargo de los aperos de labranza, la casa o la prisión, cuando no podía pagar los tributos.

Esta elite se distinguía a sí misma como una especie de cuerpo social selecto que rodeaba y acompañaba al faraón doquiera que fuese, participando en los actos religiosos y ceremonias oficiales del reinado, sujeto a una etiqueta rigurosamente determinada en cada caso.

La ruptura del equilibrio

Este mundo reglado y acorde con el equilibrio y la justicia se iría degradando al paso del tiempo. La ideología real, según la que el mundo egipcio era un universo perfecto, garantizado por el rey –intermediario entre los hombres y los dioses y su heredero en la tierra– no prevaleció en este último periodo de la genuina civilización egipcia.

Multitud de documentos arqueológicos muestra que el pueblo egipcio fue padeciendo crisis cada vez más insuperables que le hacían ejercer una agria crítica hacia sus dirigentes, alejados del buen gobierno de la Tierra Negra. Ya bajo Ramsés II estallaron escándalos que preludiaban los feos asuntos que plagaron la dinastía XX. Hay un célebre proceso judicial, relatado en su tumba de Sakara por un tal Mose, el escriba que resultó vencedor en el litigio. El asunto, llevado a los tribunales cuando la madre de Mose, Nub-Nefert, quedó viuda, consistía en una demanda de reclamación de unas tierras

La vida en el Imperio Nuevo. Arriba, derecha, **un trabajador pesa oro en una balanza (detalle de la decoración de la tumba del escriba Ipuky, probable administrador del tesoro del faraón, XVIII dinastía).** Abajo, **conducción de ganado: los criados cuentan las reses y se las presentan a su señor. La riqueza egipcia fue muy alta en los mejores días del Imperio Nuevo, pero a finales de la XIX dinastía se observan problemas económicos, que se acentúan en la XX, presagiando el colapso político y social.**

que habían pertenecido por derecho de herencia a Neshi, el padre de Mose; muerto aquél, las reclamó un tal Jay, pequeño funcionario local vinculado a las oficinas del registro catastral. El demandante, planteó su reclamación basándose en una inscripción falseada en los asientos del catastro oficial. Finalmente, se aclaró el asunto y la razón y la propiedad de las tierras fueron dadas a Mose. Pero resulta inevitable pensar que la corrupción administrativa corroía ya las bases del Estado faraónico: para llevar a cabo esa falsificación en los registros oficiales, custodiados por altos funcionarios, se hacía precisa su colaboración... La responsabilidad quizá llegaba hasta las mismas oficinas del visir.

La divinidad, refugio de la humanidad

Abundan los textos de esta época que hacen de la divinidad el refugio contra la injusticia y la corrupción, puesto que los hombres no cumplen con sus obligaciones en esta materia. Se conocen textos de práctica escolar en los que se habla de Amón-Ra como el *visir del pobre*, lo que parece indicar que el visir humano, era solo el de los ricos.

La decepción que los egipcios muestran hacia cuanto les rodea, vecinos y familiares incluídos, es otra nota característica del periodo. Se conoce la disposición testamentaria de la anciana Nau-Najte, quien desheredó a los descendientes que "no pusieron su mano sobre ella en la vejez", es decir, que no la cuidaron cuando necesitó su apoyo.

Otro personaje de la época de Ramsés II, Sa-Mut, llamado Kyky, Director de los escribas contables del ganado de Amon, Mut y Jonsu en Tebas, donó todos sus bienes al templo de la diosa Mut, pues, al parecer, fue su actitud mística el único refugio que pudo hallar contra la angustia que

Arriba, **la hermosa Nefertari, esposa de Ramsés II, presenta sus ofrendas a la diosa Hator (detalle de la decoración de la tumba de Nefertari en el Valle de las Reinas).**
Abajo, **el príncipe Khamuast, hijo de Ramsés III; su peinado es el típico de los hijos de los príncipes y nobles de la época y muy similar al de su hermano Amón her Khopechef, sepultado en una tumba próxima (detalle de la decoración de su tumba, Valle de las Reinas).**

le producía el mundo que le rodeaba. Llevó a cabo la donación universal de sus posesiones en favor de la diosa (y de su clero), manifestando de modo preciso que "….había llevado a cabo la disposición de sus bienes en favor del poder de la diosa a cambio de su soplo de vida" y dejando claro que "…ninguno de sus familiares tendría parte alguna de sus bienes". Lo curioso del asunto es que Sa-Mut, explica que la razón fundamental de su decisión fue conseguir la protección divina para preservarse del inquietante ambiente de su época. Dice su inscripción "No he tomado ningún protector humano, no me he vinculado a los poderosos". Sa-Mut consideraba que las instituciones estaban corruptas.

Los ostraca de Deir el-Medina, la ciudad obrera del occidente de Tebas, informan de similar estado de cosas. Los jefes de equipo de la ciudad se vieron obligados a dirigirse al escriba Aj-Pet para denunciar a otro escriba, un tal Pa-Ser, que había llevado a la ciudad una medida alterada para pagar mensualmente el grano a los obreros. La diferencia era notable ¡dos litros de menos con respecto a la que se venía usando con anterioridad!.

Así llegó el día en que los obreros de la Tumba Real fueron a la huelga. En el año 29 de Ramsés III, el día 10 del tercer mes de primavera, los obreros franquearon los cinco recintos que entonces protegían Deir el-Medina para ir a los templos funerarios reales y decir a los encargados: "¡Tenemos hambre. Han pasado dieciocho días (sin recibir el grano) desde el último mes!". Pero la crisis económica en que se encontraba Egipto no permitiría regularizar definitivamente esta alarmante situación.

Los dioses, última esperanza

Todos estos datos revelan el gran cambio de mentalidad que se estaba operando en el ámbito civil y religioso de Egipto durante estos años. Durante las épocas del Imperio Antiguo y del Imperio Medio había prevalecido la creencia en un orden social capaz, por sí solo, de asegurar la justicia por el castigo de los que la transgredían y el premio de los que la respetaban. Por el contrario, en este periodo del Imperio Nuevo se observa, ya se ha visto, que los particulares se ponen bajo la protección de un dios de su elección que, siendo su garante, les asegure que no quedarán inermes ante los abusos de sus semejantes. Pertenecen a este momento el gran cúmulo de consultas oraculares hechas por los creyentes a sus dioses, fundamentalmente al poderoso Amón-Ra de Karnak.

El mismo Amen-Hotep I, faraón divinizado en la necrópolis tebana, era objeto de estas interpelaciones populares. Se formulaban a la divinidad preguntas tales como "¿Se nombrará sacerdote a Sethy?"; "¿Acaso esta cabra es de Pen-Anket?"; "¿Se acordará de mí el Visir?"; "¿Es suficientemente bueno este ternero como para que yo lo acepte?", y la respuesta obtenida era indiscutiblemente aceptada por los consultantes.

Este sistema de resolución de las más diversas cuestiones, viva expresión de la angustia del pueblo por la inseguridad en que vivía, utilizado para averiguar, desde la autoría de un hurto, hasta el nombramiento de un Sumo Sacerdote de Amón, fue adoptado, tanto por los integrantes de las capas humildes de la sociedad, como por el mismísimo faraón. Esta progresiva marcha de la vida seglar cotidiana hacia el control ejercido por el clero a través del sistema oracular, anunciaba lo que finalmente acaecería: la creación de un nuevo Estado teocrático bajo el gobierno de los Sumos Sacerdo-

Ramsés II (talla de madera policromada, en la tapa de su sarcófago).

tes de Amon, en las postrimerías de la dinastía XX.

De esas turbulencias no se libraría ni el propio Ramsés III quien, se supone, murió a manos de los conjurados en una intriga palaciega, –como ya se ha visto al hablar de los ramésidas–. Durante los reinados de sus sucesores aún empeorarían las cosas. En tiempos de Ramsés IX (hacia el 1100 antes de Cristo) ya no se respetaban ni las necrópolis reales: la rivalidad y el rencor entre Pa-Ser, alcalde de Tebas y Pa-Ur, Gobernador de la Orilla Occidental, puso al descubierto, en el año 16 de ese rey, una trama de delincuentes que atentaban contra la memoria de los propios reyes de Egipto. Esta banda estaba organizada por los propios vigilantes de la necrópolis y tenía que trabajar con la forzosa complicidad de las altas instancias, pues se sabe que, en la primera ocasión, se consiguió "cubrir el expediente" sin encontrar a los responsables. Las fechorías se reprodujeron y en el año 18 se volvieron a denunciar los robos sacrílegos, hallándose en esta ocasión a varios culpables, todos ellos gentes obreras de la ciudad de Deir el-Medina. En adelante, los saqueos de las necrópolis reales y privadas de Tebas fueron un hecho habitual.

Cornudo y apaleado

Los problemas cotidianos de las gentes que habitaron Egipto en los últimos tiempos del Imperio Nuevo se parecerían mucho, probablemente, a los de cualquier comunidad actual o pasada, pero, parece que las costumbres estaban tan relajadas que sorprende la comparación con épocas pretéritas.

El *Papiro Westcar* relata el terrible castigo de la muerte en la hoguera que recibió la mujer adúltera en tiempos del faraón Kheops, durante el Imperio Antiguo; un caso relativamente similar de esta época de decadencia –conocido por la documentación hallada en la ciudad obrera de Deir el-Medina ofrece una solución totalmente diferente. Se trata del caso del hombre que se desposó con la hija de Paiom, integrante del equipo de los llamados *hombres del interior*; después de la boda el marido pasaba algunas noches en casa de su padre y la joven esposa aprovechó la ausencia del marido (injustificable por otra parte), para intimar con Mery-Sejmet, el hijo de Mena. Así acaeció que, el día 4 del cuarto mes de verano, el marido negligente, al volver a su casa, encontró a su esposa en los brazos de Mery-Sejmet. El ofendido denunció los hechos al Consejo de magistrados locales, que ¡condenó al denunciante a recibir 100 golpes de bastón!.

La increíble resolución judicial conmovió a los notables de la comunidad obrera. "¿Por qué dar esos 100 golpes de bastón al denunciante si quien ha hecho el amor con una mujer casada es otro?' –preguntó a los magistrados, el Jefe de Equipo In-Her-Jau– "…Lo resuelto por los magistrados es una gran injusticia ante los ojos de los dioses" –concluyó el indignado anciano–.

Puesto que la prevaricación de los magistrados eran clara, los pobladores de la ciudad resolvieron la injusticia a su modo. El Escriba de la Tumba, Imen-Najt, obligó al adúltero Mery-Sejmet a prestar el siguiente juramento ante los magistrados corruptos: "Tan veraz como que Amon es duradero, tan veraz como que el príncipe es duradero: ¡Si yo vuelvo a hablar a esta mujer, que se me corte la nariz y las orejas y que se me envíe a Nubia!". La comunidad aplicó la justicia que la administración les negaba. Sin embargo, éso no bastó: al poco tiempo, Mery-Sejmet dejó embarazada a la mujer que asediaba.

El perjurio había sido desde siempre en Egipto un delito castigado con la pena de muerte. El perjuro adúltero intentó volver a convencer a sus convecinos de su arrepentimiento; no se sabe si se le aplicó el castigo prescrito por las sagradas leyes antiguas a quienes juraban en falso, pero el hecho de que se dudara induce a pensar que salió mejor librado. En cuanto a la adúltera, es evidente que no se procedió contra ella.

Para el viejo Egipto habían comenzado los tiempos en los que –como diríann mucho más tarde las enseñanzas de Anj-Sheshonky– "…Irritada la luz divina contra el país, hizo que en él cesasen la ley, la justicia y los valores, y puso a los imbéciles en el lugar de los sabios…".

Fiestas tebanas

En el Opet, se celebraba y renovaba la divinidad del faraón; en la Bella Fiesta del Valle, se honraba a los difuntos. Se contaba con la presencia del faraón, había procesiones de barcas en el Nilo y el pueblo participaba con música, danzas y banquetes

Jesús Trello
Miembro de la International Association of Egyptologists

LAS GUERRAS DOMINARON UNA PARTE muy importante de la época ramésida, tal y como recuerdan continuamente las escenas bélicas que decoran los grandes templos. Pero también hubo largos períodos de paz en *Ta-Mery*, la tierra amada, como denominaron a Egipto los antiguos habitantes del Valle del Nilo. Con *Ta-Mery* en paz, sus habitantes podían disfrutar de las hermosas fiestas con las que honraban a sus dioses y alimentaban la esperanza de que los dioses corresponderían a su gesto permitiéndoles seguir participando en los beneficios de estos cultos en el Más Allá.

Eran muchas las fiestas que animaban el ambiente tebano: las Fiestas de Min, las Fiestas de Sokar y otras. No obstante, las grandes fiestas religiosas estaban dominadas por las salidas o *apariciones* de los dioses y, desde luego, las más espectaculares eran las de Amón-Ra, señor de los dioses, en la capital religiosa del Imperio, Uaset –o Tebas, según la denominaron los griegos, emplazada donde hoy se encuentra Luxor–. Estas procesiones están magníficamente representadas, con todo lujo de detalle, en las paredes de los grandes templos tebanos.

Avenida de esfinges que unía el templo de Luxor con el de Karnak (foto J. Trello).

La fiesta del Opet

En dos grandes fiestas tebanas, el dios Amón dejaba su templo y salía a la calle. Era un momento especial, en el que el pueblo podía tomar contacto con su dios. En estas salidas, la celebre Userhat (*Rica de proa*), la majestuosa nave fluvial que Amón-Ra utilizaba para navegar por el Nilo, hacía su aparición. Estas dos grandes fiestas eran la Fiesta de Opet y la Bella Fiesta del Valle.

La celebración de la Fiesta de Opet tenía como escenario la ciudad de Tebas y se desarrollaba por entero en la orilla oriental del Nilo. Atestiguada por primera vez en el reinado de Hatshepsut, se celebraba el segundo mes de la estación de ajet (o de la inundación) y su duración era de once días al principio del Imperio Nuevo, pero fueron alargándose las celebraciones, de manera que en la dinastía XX llegó a alcanzar veintisiete días.

La Fiesta de Opet era el gran acontecimiento tebano. Durante estas fiestas, la alegría se desbordaba en Uaset. En este largo período de fiestas, el pueblo llenaba las calles con música y bailes, al tiempo que practicaba antiguos cultos para propiciar la fertilidad.

El acto más llamativo era la procesión que llevaba al dios Amón-Ra desde su templo en Ipet-Sut (Karnak) hasta el templo de Ipet-Reshyt (Luxor), llamado el Harén Meridional de Amón. Se realizaba por vía terrestre a la ida y por vía fluvial a la vuelta, desde la época de Hatshepsut hasta la de Amen-Hotep III, a partir de cuyo reinado el desplazamiento del dios pasó a realizarse enteramente por vía fluvial. La Gran Barca Userhat de Amón-Ra era un navío espléndido construido para transportar en su interior la barca procesional de Amón-Ra, una pequeña barca portátil denominada Soporte de Esplendor, con un camarín donde se alojaba la estatua del dios.

Sin embargo, los actos más transcendentales se llevaban a cabo en el interior del templo de Ipet-Reshyt, porque era allí, y durante la celebración de estas ceremonias, se confirmaba anualmente uno de los dogmas de la realeza divina egipcia: el faraón era hijo carnal del dios Amón.

Las ceremonias comenzaban con la entrada del rey en el santuario de Amón en Ipet-Sut, antes del amanecer, a la hora denominada *la blanca*, habiendo sido purificado previamente por el agua santa. El rey, que solía ejercer directamente su función sacerdotal, abría el naos, extraía la imagen del dios y realizaba las fumigaciones y libaciones rituales. Después, varios sacerdotes tomaban la pequeña capilla cerrada, con el dios dentro, la cubrían parcialmente con un gran velo y la llevaban hasta la barca sagrada de Amón, Soporte de Esplendor. Allí introducían la capilla en un camarín, situado en el centro de esta barca procesional. La barca sagrada Soporte de Esplendor reposaba sobre un pequeño trineo y estaba cruzada por largos varales que servían a los sacerdotes para el transporte procesional a hombros.

Arriba, **uno de los pasos de la fiesta del Opet: músicos y bailarines ante el toro decorado para el sacrificio (cortesía de la Editorial Hachette).** Derecha, **puesta de sol desde el templo de Amón en Luxor (foto J. Trello).**

La procesión de las barcas

Esta procesión se fue enriqueciendo con el tiempo, de manera que, avanzado el Imperio Nuevo, tras la Gran Barca User-Hat de Amón-Ra, viajaban las barcas de los dioses que completaban la tríada tebana; la diosa Mut y el hijo de ambos: Jonsu. Mut y Jonsu disponían también de magníficas barcas que eran arrastradas por otras naves.

En el patio del templo se le unían las barcas de los dioses Mut y Jonsu, quienes junto al dios Amón,

La barca Soporte de Esplendor sale del Templo de Amón camino de la Bella fiesta del Valle (relieve de la Capilla roja de Karnak, foto J. Trello).

formaban la tríada tebana. La diosa Mut, esposa de Amón, era transportada en una barca que en la proa y en la popa lucía la cabeza de una bella mujer, efigie de la diosa. El dios Jonsu, hijo de Amón y Mut, viajaba en una barca semejante a la de su madre Mut, pero adornada e identificada con la propia efigie del dios, una cabeza de halcón coronada por el creciente lunar y enjoyada con grandes collares.

A hombros de los sacerdotes, se dirigían al embarcadero próximo al templo, según recuerdan las inscripciones: "Ir en procesión en paz hacia la Cabeza del Canal para la navegación de El Esplendor de los Esplendores ", donde la barca procesional era embarcada en la Userhat.

La Gran Barca Userhat era remolcada simultáneamente por el barco del rey –que tiraba de ella por el costado de babor– y por un numeroso grupo de notables que, tenían el honor de jalar la nave con cuerdas –tirando a la sirga por estribor– contra corriente, por la orilla del río. Además de los notables, componían la procesión sacerdotisas que tocaban el sistro; bailarinas de los oasis, realizando danzas acrobáticas; soldados del ejército de faraón desfilando en perfecto orden con su correspondiente armamento, precedidos de los portaestandartes; y, también, los enormes toros del sacrificio, ricamente adornados, que llevan en los cuernos pequeños muñecos representando a enemigos tradicionales de Egipto: nubios y asiáticos.

Una vez llegados al muelle de Ipet-Reshyt, el rey ordenaba llevar a tierra la barca procesional Soporte de Esplendor y recorría el corto espacio entre el Nilo y los grandiosos pilonos de la entrada al templo, aclamado por la multitud situada a ambos lados de la calzada. El faraón penetraba en el templo acompañado sólo de un séquito muy selecto, con el que compartía algunos de los ritos en el interior.

La multitud, que quedaba fuera del templo, se incorporaba partir de ese momento a una permanente y jubilosa fiesta vinculada a la fertilidad.

Mientras tanto, en el interior del templo, cerradas las grandes puertas de acceso y, tras quedar depositada cada una de las barcas sagradas (la de Amón, la de Mut y la de Jonsu), en sus correspondientes santuarios, el rey procedía a cumplimentar los ritos iniciáticos que le correspondían. El más importante era el que se desarrollaba en la llamada Cámara del Nacimiento, situada al este del *sancta santorum* y prácticamente unida a él. Allí se materializaba el misterio de la teogamia, en virtud de la cual, el dios Amón, quizá personificado en el faraón, probablemente se uniría a la reina, para engendrar al heredero divino del trono de Egipto. El misterio de la teogamia está descrito en los magníficos relieves de la Cámara del Nacimiento, con la misma precisión que los ordenados realizar por la reina Hatshepsutt, al comienzo del Imperio Nuevo, en su templo funerario de Deir el-Bahari.

Los ritos que se desarrollaban en el interior de la Cámara del Nacimiento permitían al rey regenerarse cada año y renacer como hijo viviente del dios Amón, lo cual implicaba, evidentemente, un refrendo anual de su derecho al trono.

Todo esto ocurría mientras el rico limo, que el río Nilo aportaba en su desbordamiento anual, fertilizaba sedimentándose la afortunada tierra de Kemet. Todos los hombres y mujeres de *Ta-Mery*, la tierra amada, emulaban el ciclo de la naturaleza y se unían gozosos en la calle a los ritos que el faraón cumplimentaba en el interior del templo. Las fiestas terminaban cuando retornaban las barcas divinas de Amón, Mut y Jonsu a su residencia de Ipet-Sut, esta vez navegando hacia el norte, a favor de la corriente.

La Bella Fiesta del Valle

En la Bella Fiesta del Valle, los egipcios honraban anualmente a sus difuntos. También en esta ocasión, la Gran Barca Userhat hacía su aparición en público. La celebración de esta fiesta se remonta al reinado de Montu-Hotep II, en el Imperio Medio. De esta época toma su nombre, puesto que la fiesta hace alusión al valle donde aquél faraón construyó su templo funerario: el Valle de Neb-Hotep-Ra. La celebración se hacía coincidir con la primera luna nueva del segundo mes de la estación de shemu (estación de la sequía).

Era una gran fiesta religiosa en la que Amón-Ra salía de su templo en Ipet-Sut y navegaba desde oriente a occidente hasta alcanzar la orilla oeste del Nilo. La salida del dios era muy semejante a la de la Fiesta de Opet. El rey realizaba los rituales del *despertar* del dios en Ipet-Sut y se organizaba la comitiva hasta el embarcadero donde esperaba la Gran Barca Userhat. Formado el cortejo, se iniciaba la procesión de La Bella Fiesta del Valle, con la navegación por las aguas del Nilo desde oriente a occidente.

Se podría decir que Amón realizaba sobre el río el mismo viaje que Ra, el dios sol, realizaba cada día navegando sobre la bóveda celeste. Era la representación del viaje celeste del dios sol Amón-Ra el cual, por la mañana, cuando aparecía por el este, dirigía su navegación celestial hacia occidente; marchando hacia el final del día, es decir, hacia la noche, que era la muerte. Pero esta muerte sería, como la del Sol, que vuelve a salir –*resucita*– al día siguiente. Ese era el profundo significado de esta ceremonia procesional.

Arriba, **la pista que recorría la procesión desde el Nilo hasta el templo de Hatshepsut, en Deir el Bahari, vista desde la montaña que domina el valle de Montu-Hotep .** Abajo, **el templo de Hatshepsut, donde permanecía la barca una noche, antes de regresar a su templo de la orilla oriental (fotos J. Trello).**

La navegación era, por tanto, la manifestación simbólica central y más espectacular de la ceremonia. Alcanzada la orilla oeste, la procesión se dirigía a los distintos Templos de Millones de Años construidos, en el límite de la zona fértil, como templos para el culto funerario de los reyes difuntos del Imperio Nuevo. Para ello, disponían de una magnífica red de canales rectilíneos, que ponían en comunicación estos templos con el río y permitían una fácil navegación de la comitiva. Cada uno de los templos funerarios disponía de un amplio muelle para que pudieran recalar las grandes barcas de

La Gran Barca de Amón

La Userhat estaba concebida como un templo flotante. De hecho, era el templo de Amón-Ra durante sus desplazamientos; por tanto estaba vistosamente adornado. Esta gran nave no tenía capacidad motriz propia, sino que era remolcada por la Gran Barca de Faraón, un poderoso navío de 60 remeros, 30 por banda, capaz de arrastrar ese templo flotante de Amón sobre el potente caudal del Nilo, entre las orillas oriental y occidental del río (existe una magnífica representación de la Galera Real remolcando la Gran Barca Userhat de Amón, en el templo de Karnak, tercer pilono, ala norte, cara este).

La Userhat sólo disponía de dos grandes remos en la popa, que servían de timón. Su casco, de 130 codos de eslora (unos 55 metros), estaba construido en madera de pino de importación y recubierto de resplandecientes planchas de oro, finamente cincelado, con relieves alusivos a la propia salida de la Userhat.

En su proa y en su popa, se colocaban sendas efigies de Amón criocéfalo, tocado con la corona atef y un gran collar de varias vueltas de cuentas, emblemas que identificaban perfectamente a la sagrada nave. Sobre el puente había una enorme capilla, el Gran Castillo, destinada a albergar la divina barca procesional, hecha con electrum (una aleación de oro y plata) que recogía en magníficos relieves, bien el sagrario que albergaba en su interior o un friso de símbolos con el nudo de Isis y el pilar dyed. Esta capilla tenía la forma del santuario Per-ur, un santuario muy antiguo característico del Alto Egipto.

Delante del Gran Castillo se alzaban dos obeliscos, precedidos de dos emblemas sobre sendas pértigas, que portaban la primera un halcón y la segunda el nombre del rey encerrado en el lazo shen. Banderolas de tela anudadas a la parte superior de dos altos mástiles, ondeaban junto a la puerta del Gran Castillo. El nombre solar del rey, que lo acredita como Hijo de Ra, estaba presente en toda la nave y la personificaba como una de las magníficas obras que el rey había realizado para su padre Amón. Era una forma más de manifestar su piedad y de asociar su gloria a la navegación de Amón-Ra.

En el interior del Gran Castillo se alojaba la barca procesional de Amón-Ra, Soporte de Esplendor, la cual se asemejaba a la *Userhat*, pero a pequeña escala, y transportaba el tabernáculo donde viajaba el dios.

En la proa de la Userhat, el faraón, tocado con la corona *jeperesh* y con un remo en sus manos, dirigía las maniobras de la Gran Barca. Delante de él, dos pequeñas estatuas, una de Maat y otra de Hathor, seguidas de una esfinge con cabeza de hombre erguida, que representaba al rey, sobre una percha proc.

navegación de los dioses, con unas escalinatas que facilitaban el traslado de las barcas procesionales a hombros de los sacerdotes.

Aunque los itinerarios debieron ir modificándose a lo largo del Imperio Nuevo, en la medida que se añadían los templos de faraones fallecidos, el itinerario básico debía comenzar con una visita a la capilla-reposadero construida por Amen-Hotep I en el Cerro de Djeme, un pequeño templo llamado Dyeser-set, hoy dentro del témenos del templo de Medinet Habu, donde la tradición situaba la primera aparición de Amón. La procesión continuaba después visitando las distintas capillas reposaderos y los Templos de Millones de Años de los faraones fallecidos, los cuales, bajo el soporte físico de sus correspondientes estatuas, acompañaban y participaban también en la procesión. Finalmente, al menos a partir del momento de su construcción, la procesión llegaba al templo de Deir el-Bahari como punto de destino.

La procesión terrestre, que transcurría entre las colinas del desierto líbico, estaba encabezada por el faraón y las barcas procesionales de la tríada tebana, seguida de las estatuas de los faraones difuntos. Eran áridas colinas, horadadas por multitud de tumbas de la nobleza tebana. Las familias, que honraban a sus difuntos en las capillas de las tumbas, saludaban con júbilo el paso de la procesión.

Arriba, **la barca de Amón en su capilla del Horizonte de Occidente, en el templo de Deir el Bahari (Capilla roja de Karnak, foto, J. Trello).** Abajo, **la resurrección de Osiris recreada por los egipcios: modelaban un muñequito de barro con la forma del dios y le introducían semillas, que germinaban al ser regadas.**

En su visita a las tumbas del occidente tebano, Amón-Ra, el dios supremo, aportaba a los difuntos la regeneración en el Más Allá. En las paredes de las tumbas dejaban escrito que habían participado mientras estuvieron vivos en las ceremonias de la Bella Fiesta del Valle, como testimonio que les acreditaba el derecho a disfrutar de los beneficios de la visita del dios cuando hubiesen fallecido.

Era un momento de alegría y los participantes en la procesión se unían a las familias cantando y danzando. Cuando caía la noche, se celebraba un ágape que reunía a vivos y muertos en un banquete compartido. Esto lo tenían tan presente los egipcios que las capillas de las tumbas estaban ocupadas por largas inscripciones que invitaban a los participantes a recitar las fórmulas mágicas que les permitieran recibir los socorros necesarios para "seguir viviendo" en el Más Allá.

Las ceremonias más importantes se celebraban en la estación de destino, donde la barca procesional era depositada: "su sepulcro del horizonte de Occidente, en su Bella Fiesta del Valle del Oeste". En estas misteriosas ceremonias solamente participaban el rey y el alto clero. En ellas se asociaban el dios Amón-Ra y el dios Osiris.

La barca procesional de Amón-Ra se depositaba sobre un pedestal *Set-ueret*, el Gran Lugar, en el interior de una capilla situada, en la época de Hatshepsut, en el templo funerario de la reina, denominado Esplendor de los Esplendores, en Deir el-Bahari. Una inscripción del templo describe su finalidad: Estación sobre el Gran Lugar en El Esplendor de los Esplendores, en la fundación de Maat-Ka-Ra (Hatshepsut), el Horus Rico de Ka, fundación que es su preciosa morada de eternidad. En el interior del templo y ante el santuario donde había sido alojada la barca, el rey consagraba la Gran Ofrenda de alimentos, líquidos y flores.

Tras la puesta del sol, se desarrollaba una ceremonia muy especial: la Ceremonia del Lago de Oro. El faraón ordenaba colocar cuatro grandes recipientes, poco profundos, llenos de leche, orientados hacia los cuatro puntos cardinales, representación de los confines de la bóveda celeste. A continuación situaba las antorchas que llevaban encendidas los sacerdotes Portadores de Luz, rodeando e iluminando con su luz dorada la superficie de leche que figuraba el fluido celeste, de manera que la barca divina estaría navegando toda la noche sobre su lago de oro. Al alba, las antorchas se apagaban sumergiéndolas en la leche.

Osiris, tras el que se encuentran Isis y Neftis, atiende la exposición de su hijo Orus y de Thot, el dios escribano, que le comunican el resultado del peso del alma que, a la derecha, acaba de hacer Annubis (XIX dinastía).

Una vez terminadas las ceremonias de la Bella Fiesta del Valle, la Gran Barca Userhat de Amón-Ra regresaba a la orilla oriental y la estatua del rey de los dioses era alojada de nuevo en su templo de Ipet-Sut.

Las fiestas religiosas tebanas ligadas a la navegación siguieron durante centenares de años después de su institucionalización. Extinguida la antigua civilización faraónica, el cristianismo sustituyó a los antiguos dioses y, más tarde, el Islam se impuso al cristianismo. Sin embargo, una de las fiestas más importantes de Luxor, la que se celebra en honor del santón musulmán Abu el-Haggah, tiene como manifestación más ostensible una jubilosa procesión de barcas que une en alborozada alegría los lugares que ocuparon los templos de Ipet-Sut y los de Ipet-Reshyt.

Para saber más

ALDRED, C., *Arte egipcio*, Barcelona, 1993.

BAINES, J. Y MALEK, J., *Egipto. Dioses, templos y faraones*, 2 vols. Madrid, 1992.

BARBOTIN, C. Y LEBLANC, C., *Les monuments d´eternité de Ramsés II. Nouvelles fouilles thébaines*, Paris, 1999.

BEDMAN, T., *Nefertary. Por la que brilla el Sol*, Madrid, 1999.

DESROCHES NOBLECOURT, CH., *Ramsés II. La verdadera historia*, Barcelona, 1998.

DONADONI, S., *L'Art égyptien*, Paris, 1993.

GRANDET, P., *Ramsès III. Historie d'un règne*, Paris, 1993.

GRIMAL, N., *Historia del Antiguo Egipto*, Madrid, 1996.

JOURET, R. M. Y OTROS, *Tebas 1250 a.C. Ramsés II y el sueño del poder absoluto*, Madrid, 1992.

KITCHEN, K. A., *Ramesside Inscriptions. Historical and Biographical,* 6 vols. Oxford, 1968-1983.

KITCHEN, K. A. *Pharaoh Triumphant. The life and times of Ramses II, king of Egypt*. Londres, 1982.

LALOUETTE, C., *L'Empire des Ramsès*, Paris, 1985.

LARA PEINADO, F., ED., *El Libro de los Muertos*, Madrid, 1996, 3a. ed.

LARA PEINADO, F., *Diccionario biográfico del Mundo Antiguo*, Madrid, 1998.

LICHTHEIM, M., *Ancient Egyptian Literature*, 3 vols., Los Angeles, 1973–1980.

MANICHE, L., *El arte egipcio*, Madrid, 1997.

MARTÍN VALENTÍN, F. *Gramática egipcia*, Madrid, 1999.

PARRA ORTIZ, J. M., *Cuentos egipcios*, Madrid, 1998.

VANDERSLEYEN, C., *L'Égypte et la vallée du Nil*, tomo 2, París, 1995.

WEEKS, K, *La tumba perdida*, Barcelona, 1999.